

Laurent Tillon

SER UN ROBLE

La fascinante historia
bajo la corteza de Quercus

Traducción de Cristina Zelich

www.editorialgg.com

GG

Título original: *Être un chêne. Sous l'écorce de Quercus*, publicado originalmente por Actes Sud en 2021

Edición a cargo de Carmen H. Bordas
Corrección de estilo: Unai Velasco
Diseño de la cubierta y de la colección: Setanta

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia, ni expresa ni implícitamente, respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© Actes Sud, 2021
© de la traducción: Cristina Zelich, 2024
y para esta edición:
© Editorial GG, Barcelona, 2024

Printed in Spain
ISBN: 978-84-252-3505-4
Depósito legal: B. 9393-2024
Impreso por: Estella Print

Este libro se ha impreso en papel fabricado con madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible y beneficiosa para las personas. Para generar un menor impacto, hemos dejado de retractilar nuestros libros. Con estas medidas queremos contribuir al fomento de una forma de vida sostenible y respetuosa con el medio.

Esta obra se ha publicado con el apoyo del programa de ayudas a la publicación del Institut Français.

Editorial GG, S. L.
Via Laietana, 47, 3.0 2.a, 08003, Barcelona, España. Tel. (+34) 933 228 161
www.editorialgg.com

Índice

Preámbulo:
En la piel de un árbol
9

Encuentro con mi árbol-compañero
13

Quercus, el roble, 1780
23

Apodemus, el ratón de campo, 1780
29

Quercus, 1781
37

Leccinum, la seta, 1782
47

Homo, el hombre, 1787
59

Quercus, 1810
69

Tortrix, la oruga, 1820
83

Nemobius, el grillo, 1820
93

Quercus, 1840
101

Neuroterus, la avispa, 1850

115

Homo, 1860

125

Canis, el lobo, 1869

135

Silva, el bosque, 1871

143

Fagus, el haya, 1872

153

Quercus, 1872

161

Pinus, el pino silvestre, 1870 y 1892

169

Homo, de 1892 a 1950

179

Quercus, 1953

189

Quercus y Homo, 1970

199

Dryocopus, el picamaderos negro, 1992

209

Silva, 1992

217

Homo, 1992 y 1993

225

Cerambyx, el pequeño capricornio, 1997

233

Dendrocopos, el pico picapinos, 1998

245

Myotis, el murciélago, 1999

255

Quercus, 1999

265

Lothar y Martin, ogros atmosféricos, 1999

271

Salamandra, la salamandra manchada, 2000

279

Lacerta, el lagarto ágil, 2000

285

Homo y Silva, 2000-2019

293

Silva, 2019

307

Conversación con Quercus, 2020

319

Bibliografía

335

Agradecimientos

341

Dedico este libro a todos los amantes de los árboles y del bosque.

**A las generaciones futuras, por su bienestar, para cuya
supervivencia los bosques serán esenciales.**

Para Sarah, a quien he legado algunos árboles plantados para ella.

¡Que crezcan juntos!

Preámbulo:
En la piel de un árbol

www.editorialgg.com

¿Qué son los árboles? Estos vegetales suscitan preguntas como esta, que durante los últimos años han sido la causa de que hayan aparecido numerosos libros para contar sus hazañas, es decir, para demostrar que por supuesto se trata de seres vivos. Pues sí, ¡todavía hay quien lo duda! Es cierto que si los observamos de cerca son seres bastante simples: carecen de sistema nervioso central o periférico, de órganos vitales, de corazón, de ojos, de capacidad para hablar y desplazarse. ¿Son quizá incapaces también de sentir? En resumen, esto es lo que evidencian cuando se los considera con una mirada distraída, incluso indiferente. Los frecuentamos generalmente sin preocuparnos por ellos, sin embargo, nos son indispensables. ¿No se dice acaso que los bosques constituyen los pulmones del planeta? Pero ¿qué vemos, más allá de ese océano de verdor apoyado en simples troncos? ¿Un mero decorado? Generalmente pasamos a su lado sin prestarles realmente atención.

Sin embargo, si los miramos atentamente, si examinamos cada una de sus reacciones ante los distintos problemas a los que se enfrentan, nos daremos cuenta de que los vegetales muestran una capacidad de adaptación excepcional, imposible de comprender con nuestra mirada animal. Hay que intentar penetrar en la epidermis del vegetal. Tomemos un árbol: rezuma vida, desde las raíces invisibles hasta la cima inaccesible, y presenta una organización interna aparentemente simple, que hace que en muchos casos sea más resistente que cualquier animal. Su longevidad es la mejor prueba

de ello. Según la especie, un árbol puede vivir varios cientos de años, en algunos casos más de mil.

A pesar de ser biólogo y de trabajar con el ecosistema forestal, un día tuve que apoyarme contra el tronco de uno de ellos para tomar plenamente consciencia de lo que realmente era un árbol, en su totalidad, en su misma integridad. Fue una lección de vida.

Id a un bosque o a un parque y apoyaos contra un tronco. Si, como me sucedió a mí, tenéis la suerte de sentir un lazo particular con alguno de ellos, entonces deberíais instalaros junto a él. De lo contrario, cualquier otro árbol servirá, siempre y cuando tengáis la voluntad de interesaros realmente por saber a *quién* pertenece. Por ejemplo, colocad las manos contra el suelo, sobre sus raíces, y levantad la cabeza para mirar su follaje. Dejad que los ritmos de la naturaleza os embriaguen. Escuchad el sonido del viento entre las hojas. Si es necesario, cerrad los ojos un instante. Luego, volved a abrirlos y observarlo. Escudriñad cada una de las formas que lo componen. Lo apreciáis porque es tal como es. Su forma, su ser son el reflejo de su historia y de la de su entorno, que progresivamente lo ha esculpido.

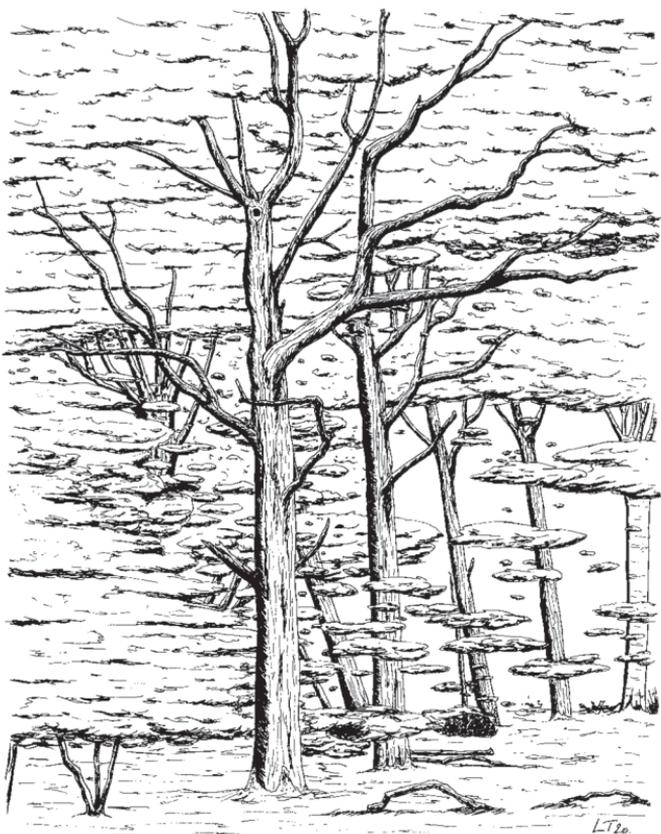
¿Qué son los árboles? Tendremos que contestar a esta pregunta aparentemente sencilla. Interesándonos directamente por ellos, pero también por las formas de vida con las que interactúan. No siempre han sido grandes y gruesos o han tenido un tamaño monumental. También tendremos que remontarnos en el tiempo.

Dejemos paso al actor principal de esta historia, a un *artista* cuyas obras modelan su entorno tanto como dependen de él. A ese árbol que es el roble.

¡Quercus!

Encuentro con mi árbol-compañero

www.editorialgg.com



L. 120

En la Tierra hay tres billones de ellos. Son casi cuatrocientas veinte veces más numerosos que los humanos. Son indispensables para el mantenimiento de la vida. Son una necesidad vital, aunque solo sea porque producen el oxígeno que respiramos. Los árboles han colonizado casi todos los entornos, incluso los desiertos, porque han demostrado capacidades de adaptación extraordinarias. Desde hace algunos años, los investigadores nos han revelado muchos de sus poderes. Pero *¿quiénes* son realmente? Y *¿por qué*, más allá del carácter práctico que les otorgamos, sentimos esa necesidad tan imperiosa de acercarnos a ellos? *¿Por* los beneficios que nos proporcionan?

Si fuera así, todos deberíamos tener un árbol al que acudir para revitalizarnos.

¡Tu árbol!

El *mío* es un roble.

Un roble de lo más corriente, situado un poco más allá de la entrada al bosque que hay al final de mi calle.

Bueno, no tan corriente, ya que es mi árbol. Me gusta ir a visitarlo con regularidad y admito sin problema que ese roble tiene el poder de *relajarme*, de *calmarme*. Tiene un carácter *tranquilizador*, incluso *revigorizante* y siento una felicidad incondicional cuando me acerco a él. Además, me cuesta mucho comprender por qué estos sentimientos se mezclan cuando me aproximo a él; pero, si tuviera que resumir su papel, diría que es un poco como un *árbol-compañero*.

¿Nunca habéis sentido esta atracción casi visceral hacia un lugar muy particular? ¿Un lugar en el que os gusta colocaros, en el que vivís plenamente el instante presente? ¿Dónde os sentís en vuestro lugar? Sea el que sea, apuesto a que hay un árbol. ¡Quizá sea el *vuestro*! Que os “llamó” un día y os “propuso” una connivencia muy poco habitual entre lo vegetal y lo animal. Incluso quizá a vuestro pesar. Esta llamada yo la viví siendo adolescente. Sin ser totalmente consciente, acabé por no poder renunciar a ese rincón del bosque. Sucedió poco a poco, durante meses, años. Todas las personas que me han confesado tener *su* árbol me han dicho también que sentían una forma de paz interior al tocarlo. Algunos padres les regalan uno a sus hijos y lo plantan cuando nacen. ¡Qué suerte! Podrán crecer juntos y “compartir” todos los acontecimientos de su vida.

Al mirarlo desde más cerca, me doy cuenta de que quizá no sea insensible a mi presencia. Es un sentimiento muy personal, que me conviene en cierto modo ya que me permite creer que la relación está provocada tanto por él como por mí. Si bien el biólogo solo se fía de aquello que puede verificar mediante una actuación científica experimental y rigurosa, tengo la impresión, sin embargo, de que se establece una comunicación con ese roble cada vez que lo visito. ¿Cómo podría este transmitirme informaciones? ¿Cómo podríamos otorgarle a un vegetal la más mínima intencionalidad? Sea como sea, no soy insensible a lo que emana. A su “personalidad”, si es que este término es apropiado.

Aquí estoy, sumergiéndome de lleno en el antropocentrismo, algo que quería evitar. Lo que me atrae es que un árbol, al margen de lo que pueda ser, es quizá mucho más que un simple vegetal y que no podemos describirlo a través de un filtro animal sin resultar inexactos. Otorgarle emociones y sentimientos humanos le haría un flaco favor,

porque es mucho más que eso. Mucho más grande y mucho más complejo...

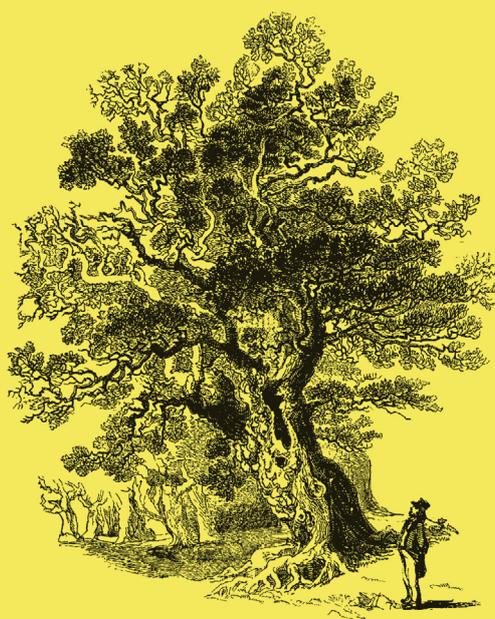
Este roble, *Quercus*, tiene doscientos cuarenta años. Está en plena madurez, pero todavía no ha alcanzado la mitad de su vida. Al observar a sus vecinos, distingo perfectamente las diferencias. Él es el más alto del grupo, las primeras ramas frondosas están en lo alto de la copa, mientras que otras más bajas están muertas. Tiene un follaje especialmente desarrollado hacia el sur, pero no tiene ninguna rama principal hacia el norte. Sin embargo, bajo la copa hay un espacio abierto, mientras que al otro lado una haya ha extendido sus ramas para ocupar el máximo espacio, casi hasta el suelo. ¿No es extraño, entonces, que este roble no haya aprovechado el hueco para desarrollar una rama rica en follaje? Todos los árboles respetan un límite, una zona de no agresión de algunos centímetros para evitar herirse entre ellos y entre sus hojas se percibe el cielo. Incluso hay un agujero en la horcadura entre dos de sus ramas. Una de ellas aloja a un pájaro del bosque, un carpintero, que ha hecho su nido en un lugar bien protegido. ¿Ha sufrido por ello nuestro árbol? Hay quien piensa que sí. ¿Las partes muertas son un riesgo para él? ¿Estará enfermo? ¿Cómo podemos saberlo?

Entre sus vecinos, hay algunos que intentan alcanzar la altura de nuestro roble para dominar con él la población forestal, mientras que otros son dominados y han tenido que dejar su lugar para acceder a la luz, recurso que necesitan para crecer. Hay grandes hayas de follaje denso, varios de cuyos troncos están plagados de agujeros aún más grandes que el de mi roble, tallados por el mayor de los carpinteros, el picapinos negro. Abedules. Pinos silvestres, cicatrices de las guerras sucesivas que han marcado nuestro territorio. En el sotobosque, carpes, acebos y pequeñas hayas esperan su turno o acompañan a los árboles más vigorosos. Más allá,

GG

Encuentra este libro en tu librería habitual
o en la página [web de la editorial](http://www.editorialgg.com)

Laurent Tillon
SER UN ROBLE
La fascinante historia
bajo la corteza de Quercus



GG

www.editorialgg.com

Ser un roble
Laurent Tillon

www.editorialgg.com